

Pep Bras

La niña que
hacía hablar a
las muñecas

alevosía 

A mi iaia Sión. Ella y mi padre me hicieron escritor.

«Es curioso cómo trabaja la memoria, cómo recordamos a nuestra manera, convirtiendo en ficción lo que en otro tiempo fue realidad. Por lo menos así sucede en las familias. Se inventan historias no solo para ilustrar o educar, también para compartir creencias, para legar tradiciones o para acordarse de los antepasados.»

Kirmen Uribe, *Bilbao-NewYork-Bilbao*

«Todo tiene raíces en el pasado, en nuestras madres, en nuestros padres y en los padres de nuestros padres. No somos más que marionetas, nos mueven los hilos de los que nos precedieron, y algún día nuestros hijos tendrán que bailar como les dicten nuestros hilos.»

George R. R. Martin,
Tormenta de espadas. Canción de hielo y fuego 3

«Todo va depositándose indeleblemente en el pasado.»

Don DeLillo, *Submundo*

Prólogo

Es difícil saber en qué momento exacto de la mañana del 14 de agosto de 1909 mi bisabuelo, Joan Bras, que por aquel entonces contaba veintidós años, llegó aparentemente muerto a la más pequeña de las playas del nordeste de Ilhabela. Hace un siglo, el tiempo no tenía la importancia de hoy en día, y menos para los nativos de la isla, que, inmunes al subyugador invento del reloj, solían guiarse por la posición del sol y por su instinto. Si tenían hambre, era la hora de comer; si los vencía el sueño, el momento de una larga siesta.

Había llovido toda la noche. Empezó como suelen hacerlo las tormentas tropicales, no con un medroso trueno de advertencia y la sombra de unos nubarrones que se extienden palmo a palmo hasta ocultar por completo la luna, sino repentinamente, casi a traición. La noche era silencio y al minuto siguiente una cascada manaba con furia desde el cielo como si un dios juguetón, enloquecido, hubiera hecho estallar un gigantesco globo de agua sobre su creación.

Por la mañana hacía un calor sofocante. Dandhara andaba a paso ligero por la estrecha senda que bordeaba la costa y que comunicaba su aldea con la de Guanxuma, donde vivían el *avô* Jairo y la *vovô* Maísa. Iba descalza, y sus menudos pies se iban ensuciando de barro hasta los tobillos dando la impresión de que llevaba unos toscos calcetines de color cacao. Iba tarareando en voz baja, en un susurro, los versos que le había enseñado su madre hacía un par de inviernos, cuando Dandhara empezó a visitar sola a sus abuelos maternos. *Mãe* le había dicho que era una canción mágica para perder el miedo al gran *onça-canguçu*, el jaguar de la isla. Decía así:

*Soy invisible ante tus ojos,
no puedes verme,
Gápanemé.
Mi olor se confunde
con la savia de los árboles.
No puedes olerme,
Gápanemé.
Si hago ruido al respirar,
se desvanece en tus oídos.
No puedes oírme,
Gápanemé.
Y si intentas atraparme,
volaré con el viento
y morderás tu propia cola,
estúpido Gápanemé.
Así que no intentes
llenar hoy tu gran panza conmigo.
Hoy no es una buena idea,
Gápanemé.
Mañana será otro día.*

Dandhara no había dejado de repetir la canción desde que salió de Serraria y, sin embargo, seguía muerta de miedo. Pensaba en todas las historias que le habían contado los mayores acerca de Gápanemé, como la de aquella vez en la que los de Tres Tombos, hartos de encontrar muerto el ganado, enviaron a la jungla a una docena de sus mejores cazadores armados con lanzas y antorchas.

No fueron rivales para Gápanemé. Durante cuatro largos meses se dedicó a jugar con ellos al gato y al ratón, los fue devorando uno a uno hasta que, al final, solo quedó el más joven. Se llamaba Tárccio y era el primogénito del jefe de la aldea. Desde pequeño había sido entrenado como guerrero, así que logró superar el agotamiento y, una fría noche sin luna, trepó hasta el punto más alto del pico de São Sebastião. Allí hizo una inmensa hoguera para que Gápanemé pudiera distinguir el resplandor desde cualquier punto de la isla. Aferró su lanza y se sentó a esperar. Estaba amaneciendo cuando el jaguar apareció por fin, se acercó y le habló con voz humana.

—Valeroso Tárccio —le dijo—, he decidido darte una oportunidad. Cerraré los ojos y contaré hasta diez. Tú corre lo más rápido que puedas y trata de esconderte.

Cuando el jaguar se puso a contar, Tárccio le arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Apuntaba al corazón, pero Gápanemé debió de intuir la muerte porque, en el último segundo, dio un salto hacia atrás y la lanza se le clavó en el ojo izquierdo.

Según la leyenda, Gápanemé lanzó un rugido tan atronador que hizo temblar de norte a sur y de este a oeste todo el territorio, dividiéndolo al instante en las islas de São Sebastião, de los Búzios, de la Vitória y de los Pescadores, y en los islotes de las Cabras, de la Sumítica, de Serraria, de los Castelhanos, de la Figueira y de las Enchovas. Eso ocurrió siglos antes de que el archipiélago (y, por extensión, su isla mayor, São Sebastião) se llamara Ilhabela; antes de que fuera proclamado municipio independiente con el nombre de Vila Bela da Princesa (Vila Bela da Sereníssima Princesa Nossa Senhora, para ser exacto), en homenaje a la princesa de Beira, la infanta doña Maria Teresa Francisca de Assis Antónia Carlota Joana Josefa Xavier de Paula Micaela Rafaela Isabel Gonzaga de Bragança, hija mayor de don João VI y doña Carlota Joaquina, hermana de Pedro IV, el Rey Soldado, quien proclamó la independencia de Brasil. Ocurrió cuando los nativos de la isla aún la llamaban orgullosamente Ciribaí, que significa «lugar tranquilo». Antes de que llegaran los primeros exploradores portugueses para fastidiarlo todo. Así de viejo, de eterno, era Gápanemé.

Herido doblemente, aunque más en su orgullo, el gigantesco felino se irguió sobre las patas traseras al tiempo que se arrancaba la lanza de un zarpazo, como si espantara un moscardón.

—¡Estúpido humano tramposo! —masculló entre dientes.

Tárccio pudo inhalar su aliento cálido y putrefacto cuando el jaguar se acercó a un palmo de él y le contempló con su único ojo. Estuvieron así durante horas, inmóviles y callados el uno frente al otro, hasta que, simplemente, Gápanemé se dio la vuelta y desapareció.

Dandhara comprendía muy bien la moraleja de esa historia: la única forma de vencer a un enemigo invencible consiste en no mostrarle tu temor. Claro que Tárccio tenía una lanza y sabía cómo usarla.

«Así es fácil convertirse en héroe», pensó la niña. Pero ¿qué haría ella si el malvado *onça-canguçu* aparecía de repente y le decía que iba a contar hasta diez?

De pronto lo supo. Podía arrojarle una piedra al ojo bueno.

*Soy invisible ante tus ojos,
no puedes verme,
Gápanemé.*

El jaguar se enfadaría mucho, eso seguro, pero para entonces ya estaría ciego. Era un buen punto de partida para equilibrar el combate. A Dandhara se le iluminó la carita, esperanzada, mientras se detenía a recoger un par de piedras del camino. Las sopesó pensativa, una en cada mano, dejó que se adaptaran a sus palmas y trazó un arco con los brazos imitando el gesto de lanzarlas. Acabó escogiendo la menos pesada, la que tenía el tamaño de un maracuyá y estaba llena de aristas cortantes. Soltó la otra. Sabía que si fallaba el tiro no tendría una segunda oportunidad.

Levantó la cabeza, dejándose deslumbrar por el reflejo del sol sobre el infinito manto de azules del Atlántico. Se hallaba cerca del borde del escabroso acantilado que resigue toda esa parte de la costa. Justo enfrente surgía el islote de Serraria, del que la aldea de la niña tomaba prestado el nombre. Con su forma de volcán recubierto de vegetación parecía un orgulloso pezón verde que flotaba en el horizonte.

Dandhara creyó oír un ruido a sus espaldas.

Fue un crujido casi imperceptible que le provocó un escalofrío. Se imaginó a Gápanemé acercándose, sigiloso, con sus horribles fauces a punto de despedazarla. Casi le pareció notar una vaharada de aliento cálido en la nuca. Sintió el impulso de salir corriendo, pero en vez de eso tragó saliva, apretó bien fuerte la piedra en su mano buena, la zurda, y se dio la vuelta.

No había nada.

Solo el solitario sendero que acababa de recorrer, las huellas de sus pisadas en el barro.

Rápidamente, Dandhara dirigió la vista al otro lado. Allí estaba la jungla, la jungla oscura, inexpugnable. Contuvo unos segundos la

respiración, intentando detectar el más leve sonido. Nada, excepto un lejano coro de gaviotas que se entretejía con el rumor de las olas. Aliviada, suspiró y volvió a ponerse en marcha. No se sentía cansada, y eso que había recorrido buena parte del camino. Recordó que a continuación venía el tramo más duro, una empinada cuesta de unos doscientos o trescientos metros. Al llegar arriba, el sendero giraba bruscamente a la derecha y empezaba a descender hasta la zona de las playas.

*Y si intentas atraparme,
volaré con el viento
y morderás tu...*

Enmudeció de pronto, porque esta vez estaba segura de haberlo oído. Una rama quebrándose. Muy cerca, mucho más que antes. Alguien o *algo* estaba siguiéndola.

Le sobrevino el pánico y se puso a correr, tratando de sincronizar el ritmo de sus huesudas piernecitas con el del corazón, que parecía haberse vuelto loco. La abuela solía contarle que los latidos humanos provienen de un pequeño renacuajo con hipo que vive en nuestro pecho, y que cuando le damos un susto y el hipo se le pasa, se pone tan contento que empieza a brincar. Si aquello era cierto, el renacuajo de Dandhara amenazaba con fugarse por la boca en cualquier momento.

Llegó jadeando al final de la cuesta e inició el descenso. La tormenta de la noche anterior se había cebado aún más en aquel tramo del sendero, convirtiéndolo en un tobogán plagado de trampas. Dandhara no conseguía dar diez pasos seguidos sin patinar, y si milagrosamente conseguía mantener el equilibrio, no tardaba en hundirse en algún charco que le llegaba a las rodillas. Cayó cien veces, y otras tantas se levantó al instante para seguir corriendo. En una de esas caídas perdió la única arma en la que confiaba para derrotar al enemigo, su piedra-maracuyá. Estaba tan concentrada en huir que ni siquiera se dio cuenta de la pérdida hasta que esbozó el gesto recurrente de apretar la mano izquierda para insuflarse ánimos. Entonces las piernas empezaron a flaquearle, se vio a sí misma rebozada de barro de la cabeza a los pies, sangrando por codos y rodillas, y

se sintió ridícula e indefensa, tan irremediabilmente perdida que ya solo tuvo fuerzas para buscar asiento en el suelo, se tapó los ojos con las manos y esperó.

Confiaba en que Gápanemé, misericordioso, le concedería una muerte rápida, pero en vez de eso pasaron los segundos, lentamente, sin que ocurriera nada. Consiguió llenar de aire los pulmones y se decidió, por fin, a echar un vistazo.

Lo primero que vio fue dos pequeños y malignos ojos amarillos clavados en los suyos.

Se encontraban a su misma altura, cerca, muy cerca, a poco más de un metro. El animal parecía observarla con curiosidad. Probablemente lo había atraído el llanto inconsolable de la niña; puede, incluso, que aquella sucesión de entrecortados gimoteos le hubiera recordado el lenguaje de su propia especie y se estuviera preguntando qué trataba de comunicarle esa extraña criatura sin plumas y con boca en vez de pico.

Viéndose descubierta, la enorme gaviota cocinera, tan alta como un perro, extendió instintivamente sus alas negras al tiempo que abría el pico ganchudo, dispuesta a repeler cualquier ataque. Solo cuando comprobó que la niña seguía mirándola perpleja, sin signos de hostilidad, decidió bajar la guardia, se dio la vuelta y empezó a alejarse, chapoteando graciosamente en el barro con sus pies palmeados. Dandhara tardó en darse cuenta de que en todo ese tiempo no había parado de temblar. Y, sin embargo, la sensación de pánico ya había pasado. Supo que no habría ni rastro del jaguar incluso antes de echar un vistazo a su alrededor.

«Eres tonta», pensó, avergonzada.

Se puso trabajosamente en pie. Le dolían los huesos, cada músculo del cuerpo. Su primer pensamiento fue que nunca, bajo ningún concepto, contaría a nadie lo que acababa de ocurrirle (ni siquiera a su madre, aunque *mãe* sabía guardar un secreto). Sería el hazmerreír de sus amigas.

La gaviota volvía a mirarla con recelo. Lanzó un chillido desafiante.

—¿Y ahora qué te pasa?

Se fijó en su pico. Tenía una mancha que resplandecía con el sol. Una pequeña mancha roja en forma de estrella que empezó a gotear.

Dandhara hizo un mohín de repugnancia. Justo en ese instante la gaviota alzó el vuelo y desapareció en dirección a la playa, trazando en el aire la misma curva del sendero. La niña tuvo un mal presentimiento y se apresuró a seguirla.

Tal vez la escena que contempló habría sido más soportable si el océano hubiera escogido cualquier otra playa del nordeste de Ilhabela para depositar su macabro cargamento. Pero Praia Pequena, que desde ese día sería conocida como Praia da Caveira (la playa de la calavera), medía menos de cincuenta pasos por diez.

Por su parte, el *Príncipe de Barcelona*, el trasatlántico en el que viajaba mi bisabuelo, era uno de los más grandes de la época. Medía ciento sesenta metros de eslora por veinte de manga y diez de puntal. Disponía de una biblioteca estilo Luis XVI con estanterías de caoba y butacas de cuero remachadas. El suelo del salón de baile, al que se accedía por una lujosa escalinata desde el vestíbulo, estaba totalmente cubierto de alfombras persas. En la cubierta de primera clase había coloridas vidrieras para proteger al pasaje del viento; y el comedor, decorado con paneles de roble japonés, recurría a una soberbia cúpula central para franquear el acceso a la luz natural durante todo el día. Orgullo de la compañía española Pinillos, había sido construido dos años antes en los astilleros de Kingston, Glasgow, Escocia, y contaba con las más modernas medidas de seguridad de la época, como compartimentos estancos, una doble capa en toda la extensión del casco y varios tanques de lastre de agua que podían llenarse o vaciarse ante cualquier imprevisto. Según los navieros, era imposible que se hundiera. Obviamente, no habían previsto una noche de tormenta cerca de la costa brasileña.

Años después, cuando me dediqué a recopilar información sobre el naufragio, descubrí que la tragedia podría haber sido aún mayor. El vapor tenía una capacidad para ciento cincuenta pasajeros en primera clase, ciento veinte en segunda y mil quinientos en tercera. Un total de mil novecientas víctimas potenciales, incluyendo a la tripulación. Por suerte, en el que sería su último viaje solo iban a bordo cuatrocientas cincuenta y siete.

Aun así, seguían siendo demasiadas para una playa tan pequeña.

Dandhara llegó persiguiendo a la gaviota, y la imagen que se encontró allí se le quedaría grabada en el cerebro como la marca al

fuego de una res. Permaneció durante un largo tiempo inmóvil, boquiabierto, sin ser consciente de las lágrimas que iban brotando de sus ojos y de los brinco cada vez más salvajes del pequeño renacuajo de su pecho. Cuando al fin pudo reaccionar, se dio la vuelta y salió corriendo en busca de ayuda.

Primera parte

Ilhabela
1909-1920